



RAÍCES MÍTICAS DEL ANTISEMITISMO

Myriam Zemelman Grünwald

Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

Previo al análisis del antisemitismo, concebido como un fenómeno de origen mítico en la cultura occidental, parece necesario distinguir entre dos conceptos: antijudaísmo y antisemitismo, aunque ambos se refieran al mismo hecho, vale decir, a una actitud social, religiosa o política, que apunta hacia la discriminación de una etnia determinada; el antijudaísmo tiene connotación religiosa, mientras que el antisemitismo hace referencia a una cuestión racial.

En el primer caso, el judío puede "salvarse" mediante el bautismo y la conversión a la nueva fe. Este hecho es válido tanto para la religión cristiana como para el islamismo.

El antisemitismo, presenta un carácter racial, el judío no podrá "salvarse jamás", ya que genéticamente se es judío y se pertenece a una raza determinada, considerada "inferior", "depravada", "maligna" o "demoníaca".

Dependiendo de las circunstancias históricas uno u otro concepto ha servido de fundamento a acciones políticas. Así, por ejemplo, el decreto de expulsión de los judíos de España, firmado por los Reyes Católicos en 1492, es claramente un acto político que se sustenta en la necesidad de unificación religiosa del Reino; por otra, el Tercer Reich justificó el exterminio de los judíos, en vista de la mantención de una raza pura: la *aria*, uno de los pilares del nazismo.

Estudiar el fenómeno del antisemitismo desde la perspectiva del mito, pudiera parecer extraño, sin embargo, ello nos permitirá comprender de qué manera este problema ha sido una constante en la cultura occidental, encontrándose enraizada en las profundidades del inconsciente colectivo.

Ciertamente existe una relación directa entre el mito y el quehacer del hombre. Es así como la leyenda o el simple relato del o los mitos actúan sobre la

psiquis humana desencadenando una respuesta a profundos e inconscientes deseos. Los símbolos, los mitos, las imágenes, pertenecen a la esencia de la cultura. Por ello aunque se mimeticen o disfracen jamás podrán eliminarse.

Así, la palabra judío no es neutra; se emite con diferentes matices y produce a nivel afectivo una muy variada gama de sensaciones, desencadenando las más diversas asociaciones mentales. Cada quien decodifica el vocablo de acuerdo con los valores y mitos que han intervenido en su propia socialización, los que despiertan determinadas actitudes individuales o colectivas que luego se racionalizan para poder justificarse frente a sí mismo, a la sociedad, e incluso, ante Dios.

En determinadas circunstancias sociales y, con frecuencia, cuando el judío ostenta una alta posición, ya sea ésta intelectual, social, política o económica, y alguien desea cerciorarse si, efectivamente es judío, no se lo pregunta de manera directa, sino en forma oblicua, a través de un eufemismo, “perdón, ¿usted es israelita o usted es de origen hebreo?”. Obviamente que las palabras israelita y hebreo no tienen la misma connotación peyorativa de judío. Israel se asocia con el pueblo elegido, con el pueblo del Dios único y hebreo con una cultura, con un idioma.

En los comienzos del cristianismo las palabras de Israel, judío y hebreo aparecen estrechamente conectadas entre sí. Sin embargo, en el Nuevo Testamento los conceptos de Judea, judíos y judaísmo, revisten un tinte político y sociológico, señalando fundamentalmente la pertenencia a un pueblo o designando a los hombres que adoptan el judaísmo o viven conforme a su usanza¹.

“Al influjo de las posiciones antijudías de otros pueblos, el judaísmo desarrolló una conciencia de sí mismo como ‘Israel’. Este concepto posee un profundo significado teológico y viene a expresar la idea de elección —Israel como pueblo elegido, pueblo de Dios— y en general, la comunidad de fieles la utiliza para designarse a sí misma”².

Como ejemplo de lo anterior resulta ilustrativo que, cuando Jerusalén fue conquistada por el Imperio Babilónico y destruido el Templo, el conquistador llevó cautivos a Babilonia a un grupo seleccionado de la ciudad: sacerdotes, ricos dignatarios, herreros, cerrajeros. Desde un punto de vista antropológico este grupo tenía dos posibilidades: asimilarse a la cultura exógena o amurallarse dentro de su propia tradición, considerando “impuro” todo contacto con lo extranjero.

La propia valoración realizada por el pueblo judío respecto de su tradición significó el desarrollo de una estructura religiosa ortodoxa. Lo anterior se ve reafirmado en el libro de Esdras, cuando el autor dice: “... Apartaos de los pueblos de la tierra y de las mujeres extranjeras...”³.

¹Véase la Epístola de San Pablo a los Gálatas. Cap. 2: 14.

²Yaron Tzur y otros: *En una era de transición*, Ediciones de la Universidad Abierta, Ramat Aviv, Tel Aviv, Israel, 1980, p.114.

³Véase en el Antiguo Testamento el Libro de Esdras. Cap. 10:11.

Este mandato obedece a que, estando ya de vuelta del exilio el profeta pudo comprobar que aquellos que habían permanecido en Jerusalén y en toda la tierra de Judea, se habían mezclado con pueblos vecinos, rendían culto a sus dioses y practicaban sus costumbres, apartándose de la ley.

En Israel durante el siglo I, con distintos grados de participación en el orden político-religioso, existían una serie de sectas que se atribuían la condición de ser “el pueblo elegido”: *fariseos, esenios, saduceos y zelotes*, a los cuales se unirá posteriormente el grupo de los *nazarenos*, más tarde cristianos.

De acuerdo con Ernest Cassirer, un mito puede ser algo así como “un supuesto cultural”. Desde este ángulo trataremos de encontrar el origen mítico del antisemitismo.

A nuestro entender una de las fuentes de este fenómeno podría ubicarse en el judaísmo ortodoxo y exclusivista que se genera en Babilonia durante el cautiverio. En efecto, los hombres del “pueblo elegido” no pueden contraer matrimonio con mujer no judía. Asimismo, no pueden ingerir alimentos en mesa extranjera, ya que no observar las leyes dietéticas prescritas por la Torá significa no sólo ofender a Dios, sino profanar el cuerpo humano que es obra del Hacedor. Este hecho cultural hace, evidentemente, a los judíos seres odiosos y distantes en quienes no se puede confiar. Situación que se agrava con la acusación del deicidio: la muerte del Mesías es un crimen contra la humanidad que interrumpe el curso natural para el “Advenimiento y la instauración del Reino de los Mil Años”, vale decir, el reino de Dios sobre la tierra. Es en este punto donde nos adentramos en la tradición apocalíptica en la que el Mesías simboliza la esperanza de salvación eterna del hombre, y la vuelta a una edad de oro, vale decir, al Edén mítico.

En el inconsciente colectivo la crucifixión de Cristo se decodifica como un hecho abominable, el cual no podrá ser jamás perdonado y sus autores condenados *ad eternum*.

En el Nuevo Testamento, los judíos empezarán a ser acusados del crimen: “los cuales aun mataron al Señor Jesús y a sus profetas y a nosotros nos han perseguido y no agradan a Dios y son odiosos a todos los hombres”⁴.

Cuando la tierra de Israel pasó a formar parte del Imperio Romano, la religión judía fue considerada lícita, de igual modo la ley judía podía aplicarse para resolver asuntos civiles entre judíos.

Después de la segunda destrucción del Templo (70 d.C.) y de la expulsión de los judíos de su propia tierra, muchos se ubicaron en las antiguas comunidades de la diáspora. Hacia el año 300 d.C. se los encontraba establecidos en, prácticamente, todo el Imperio Romano, excepto Bretaña. Aquellos que se instalaron en la frontera germánica tuvieron el status de colonos.

Se calcula que probablemente existían en los límites del Imperio alrededor de tres millones de judíos, de los cuales dos millones habrían vivido al oeste de Macedonia.

⁴Véase la Epístola escrita por San Pablo a los Tesalonicenses. Cap. 3: 15.

Dentro del Imperio, los judíos desempeñaron oficios diversos: campesinos, ganaderos, comerciantes callejeros, traficantes de esclavos, cultivadores de viñedos y olivares, tejedores, sastres, panaderos, mercaderes, marinos, etc.⁵.

Étnica y religiosamente los judíos formaron un grupo aparte. Desde una perspectiva política, con la oficialización del cristianismo en Milán el año 313 d.C. por Constantino y Licinio, la situación legal del judío no se alteró mayormente. Sin embargo, la convivencia en medio de la población cristiana se fue tornando cada vez más difícil, llegándose en ocasiones a enfrentamientos que causaron la muerte de casi la totalidad de la población judía en algunas ciudades.

Las comunidades judías se habían asentado a lo largo de todos los caminos comerciales de la Europa Occidental, disfrutando, gracias a su utilidad económica, del favor especial de los señores y de las altas dignidades eclesiásticas. Ocurre un fenómeno curioso, hacia fines del siglo XI la tensión social entre los ciudadanos y sus señores laicos o eclesiásticos empieza a originar una turbulencia social y religiosa que prepara la atmósfera para todos los grandes acontecimientos heréticos y revolucionarios de la Edad Media. Es interesante observar de qué manera en la concepción mitológica se va a asociar al judío con el Anticristo.

La población cristiana hacía objeto a la judería de un continuo ataque en el que prevalecían los prejuicios y los resentimientos.

“Se estima que durante los meses de mayo y junio de 1096 pereció un número de judíos que oscila entre los cuatro y ocho mil”; fundamentalmente en la región de Rogensburg y Praga⁶.

El judaísmo se estructuró en torno al mito del pueblo elegido. Ahora bien, este “supuesto cultural” entrará en conflicto con el cristianismo cada vez que este último se sienta amenazado en sus valores esenciales como ocurrió con el avance islámico.

El proceso de urbanización creciente contribuirá a que la situación del antijudaísmo se agrave. Así, la incompreensión, la desconfianza y el miedo que originaban entre los cristianos, hizo que aquellos atribuyeran a los judíos el origen último de los sufrimientos por los cuales atravesaba la humanidad. En estas circunstancias es donde la escatología popular revive el Apocalipsis. Cada predicador, generalmente hereje, afirma que el advenimiento del “Segundo Milenio” está próximo porque “se están viviendo los signos de los últimos días”. Ahora bien, para apresurar la “Segunda Venida”, es necesario que la humanidad lleve una vida ejemplar, ajena al pecado, fundamentalmente de los de *avaritia* y *luxuria*.

La forma más rápida de eliminar el pecado es, obviamente, acabando con los pecadores. Por ello, cada vez que se procede a su aniquilamiento la llegada del Mesías estará más próxima. Tal como lo sostiene el “Revolucionario del Alto Rhin” en su obra *El Libro de los Cien Capítulos*, escrito durante el siglo XVI.

⁵Gilbert, Martin: *Atlas de la Historia Judía*. Lasser Press. Mexicana S.A., México, 1979.

⁶Cohn, Norman: *En Pos del Milenio*. Editorial Barral, Barcelona, 1972, p. 73.

“El revolucionario está profundamente convencido de que Dios ha ordenado la gran matanza del clero y de los usureros, a fin de eliminar tales abusos para siempre. El holocausto ha de ser una purificación indispensable en el mundo para el advenimiento del Milenio”⁷.

Sin embargo, habría que remontarse a la primera matanza de judíos europeos que tuvo lugar durante la cruzada popular de 1096 d.C., para poder comprender los signos del antijudaísmo medieval.

Un cronista de la época señalaba que cuando nació la cruzada “la paz se estableció firmemente en todas partes y los judíos fueron atacados al mismo tiempo en las ciudades en donde vivían”. La cruzada de los pobres y no la de los barones es la que acomete contra los judíos⁸.

Las comunidades judías de Ruán y de otras ciudades francesas debieron elegir entre la conversión o el exterminio, pero fue a lo largo de las ciudades del Rin donde acontecieron los ataques más violentos.

Los desposeídos, los pobres, quienes paralelamente a los señores organizaron tanto la primera como otras cruzadas denominadas “Populares” visualizaron a sus víctimas a través de la escatología de la que iban a deducir su mito social. A los ojos de estas personas el castigo que debía aplicarse a musulmanes y a judíos tenía que ser el primer acto de la “Batalla Final”, la que culminaría con la destrucción del engendro del mal; en una palabra, del Anticristo, quien haría irrupción antes de la vuelta del Mesías. El Anticristo, en la imaginación popular, se concibe como el producto de una ramera judía y un clérigo. Judíos y musulmanes fueron considerados de la misma forma y los cantos populares los pintan como demonios. Es muy decidor el siguiente trozo de la *Chanson de Roland*:

“El emperador ha conquistado Zaragoza. Envía a un millar de francos para que registren en toda la ciudad las mezquitas y las sinagogas. Con martillos de hierro y hachas destruyen las imágenes y todos los ídolos; ya no habrá lugar de encantos ni brujerías. El rey cree en Dios y desea servirle. Sus obispos bendicen el agua y los infieles son conducidos al baptisterio. Si alguno se niega Carlomagno, el rey, le hace colgar, o quemar hasta la muerte, o ser pasado por la espada”. Judíos y musulmanes pasan a ocupar un lugar destacado de la demonología popular.

Es a partir del siglo XII cuando se adjudican atributos demoníacos a los judíos. La enseñanza católica oficial preparó el terreno. Durante generaciones, la gente se había acostumbrado a oír cómo desde el púlpito los judíos eran condenados duramente con expresiones tales como: “Perversos... de dura cerviz e ingratos”, porque se habían negado a admitir la divinidad de Cristo, llegando al monstruoso pecado del deicidio. Por otra parte, ya desde el siglo II y III, los teólogos habían pronosticado que el Anticristo sería un judío de la tribu de Dan, idea que fue aceptada más tarde por los escolásticos, incluso por Santo Tomás de Aquino.

⁷*Opus. cit.*, p. 130.

⁸*Opus. cit.*, pp. 71-72.

El común de la gente creía que el Anticristo sería visto por los judíos como el Mesías que restauraría la nación hebrea.

En el siglo x, *Adso de Montier En Der*, quien fuera la última palabra sobre la materia en la Edad Media, sostuvo que en el momento de la concepción del Anticristo, el espíritu del diablo penetraba en el seno de la prostituta, para asegurar de este modo que el engendro sería auténticamente encarnación del mal. Más adelante, su educación debía correr a cargo de brujos y hechiceros, que le iniciarían en la magia negra y en toda iniquidad. Del mismo modo, que la figura humana del Anticristo aparece como la figura demoníaca de Satanás, los judíos, a su vez, serán esclavos y demonios de aquel. Así como en el teatro y en la pintura se les representaba muy a menudo como demonios con cuernos y colas de machos cabríos; en la vida real, tanto las autoridades laicas como eclesiásticas, ordenaron que los judíos llevaran cuernos en sus sombreros.



Encuentro entre judíos y Satanás. Dibujo de un libro alemán del siglo xvii. Satanás aparece a la derecha con imagen de macho cabrío con el signo del oprobio judío sobre el cuello. La escena en el centro....

Como los demonios, fueron imaginados estrechamente asociados con los símbolos de la obscenidad y la lujuria: bestias cornudas, cerdos, ranas, gusanos, serpientes y escorpiones. Satanás se le presentaba habitualmente con rasgos físicos judíos y recibía el nombre de "padre de los judíos".

El populacho estaba convencido que éstos adoraban a Satanás en la sinagoga, bajo la forma de un gato o de un sapo; invocando su protección con la práctica de la magia negra y la realización de sacrificios humanos rituales.

Los judíos eran demonios de destrucción cuyo único propósito era acabar con la cristiandad.

En los autosacramentales franceses, se les define como: “diablos del infierno, enemigos del género humano”.

Si el poder de los judíos parecía mayor que nunca y sus crímenes más atroces y sus embrujos más funestos, ello era un indicador de que el fin de los tiempos estaba próximo, y por lo tanto también la “Segunda Venida” y “el Milenio”.

En aquella época se escribieron otras obras teatrales que mostraban de qué manera los demonios judíos ayudarían al Anticristo a conquistar el mundo hasta que en vísperas de la Segunda Venida y comienzos del Milenio, el Anticristo y los judíos serían aniquilados en medio del gozo de los cristianos.

Durante la representación de estas obras, fue necesario que, tanto los señores como los obispos brindaran protección a los judíos para que las turbas enardecidas no los sacrificasen.

Los papas y los concilios, debieron insistir una y otra vez en que pese a que los judíos debían vivir aislados y degradados hasta el día de su conversión no deberían ser asesinados. Sin embargo, las masas populares desoyeron e, igualmente, actuaron pensando en las prodigiosas matanzas de los últimos días, antes del advenimiento del Milenio.

La “Cuestión Judía” como la denomina Sartre es una constante en la cultura occidental. Primero, se percibe un antijudaísmo de raíces míticas que, según nuestro análisis, habría tenido su origen en el propio aislamiento del pueblo judío y, luego en el papel de “chivo expiatorio” que este pueblo ha cumplido a través del tiempo. Este rol permitió, por oposición, la construcción de un cristianismo y de un catolicismo detentador del poder político-religioso, censor de las costumbres y, en el fondo, estructurador de la cultura occidental.

El antisemitismo que nace como un concepto racista en la segunda mitad del siglo XIX, parte de una concepción pseudocientífica de la teoría darwiniana, y encuentra un eco masivo, por cuanto ya en el inconsciente colectivo subsistía el antijudaísmo. El caso más patente de esta situación la constituyó la acusación que Francia hace al capitán Dreyfus a quien, sin lugar a dudas, el pueblo francés convirtió en el “chivo expiatorio” de su derrota en la guerra franco-prusiana.

El antisemitismo llevará al drama del holocausto durante el régimen nazi.

Lo que se ha analizado puede ser una aproximación válida para comprender la tragedia histórica que ha involucrado tanto a judíos como a cristianos durante casi veinte siglos. No importa que sus bases sean mitológicas y que no correspondan a ninguna verdad fehaciente. Sin embargo, como todo mito, ha sido capaz de movilizar al hombre para que actúe de manera irracional con argumentos racionalmente aceptados.